

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Sí señora, ahí en ese cuarto.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(*Vase al cuarto de don Diego.*)

## ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?... No puedo sostenerme... Desdichada!

(*Siéntase en una silla inmediata á la mesa.*)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(*Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa: abre la puerta del cuarto de don Carlos y vuelve.*)

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¡Ay que es cierto!... ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje V., que todavía no creo lo que he visto.... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿como podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Sí señora. Los dos.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

Indigno!.. ¡Hombre indigno!

RITA.

Señorita!

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprendible... Si no alcanzo á discurrir que motivos ha podido haber para esta novedad.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto?; Para engañarme, para abandonarme así!

(*Levántase, y Rita la sostiene.*)

RITA.

Pensar que su venida fue con otro designio, no me parece natural.... Celos... ¿Porque ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... Él no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

Te cansas en vano. Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien y...

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

Sí, vámonos.... Vamos á llorar.... ¡Y en que situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Sí señora, ya lo conozco.

D.<sup>a</sup> FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quien? Conmigo.... ¿Pues yo mereci ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cual es mi delito, cual es?

(*Rita coge la luz, y se van entrámbas al cuarto de doña Francisca.*)

## ACTO TERCERO.

## ESCENA I.

(*Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.*)

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se.... ¡Como ronca este!.. Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... (*Simon despierta, y al oír á don Diego se incorpora y se levanta.*) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

¿Que estaba V. ahí, señor?

D. DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no puedo parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion. Di que has dormido como un pobre hombre, que no

tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice V. bien.... ¿Y que hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido.... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si V. viera que apesadumbrado le dejé ¡que triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

¿No ves que venida tan intempestiva?



SIMON.

Es verdad... Sin permiso de V., sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo.... Me parece que el castigo no pasará adelante, eh?

D. DIEGO.

¡No, qué! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver.... Ya ves en que circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fue me quedó un ansia en el corazón. *(Suenan á lo lejos tres palmadas; y poco despues se oye que puntean un instrumento.)* ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

D. DIEGO.

Si, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quien será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos.... *(Tocan una sonata desde adentro.)* Pues dígo-le á V. que toca muy lindamente el picaro del barberillo.

D. DIEGO.

No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere V. que nos asomemos un poco, á ver...

D. DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quien sabe la importancia que darán ellos á la tal música!... No gusto yo de incomodar á nadie.

*(Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.)*

SIMON.

Señor!... Eh! Presto, aquí á un lado.

D. DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. DIEGO.

Si?... Retirémonos.

## ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

D. FRANCISCA.

¿Siguiendo la pared no voy bien? *(Vuelven á probar el instrumento.)*

RITA.

Si señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

D. FRANCISCA.

No te muevas.... Deja.... Sepámos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

D. FRANCISCA.

Calla... *(Repiten desde adentro la sonata anterior.)* Si, él es... ¡Dios mío!... *(Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.)* Vê, responde.... Albricias corazón. Él es.

SIMON.

¿Ha oido V.?

D. DIEGO.

Si.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

D. DIEGO.

Calla.

D. FRANCISCA.

*(Doña Francisca se asoma á la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.)*

Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que V. acaba de hacer?... ¿Que fuga es esta?... Rita, *(Apartándose de la ventana, y vuelve despues.)* amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame.... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tirela V... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á V. tan tímido....

*(Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.)* No, no la he cogido, pero aquí está sin duda.. ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene V. para dejarme muriendo?... Si, yo quiero saberlo de su boca de V. Su Paquita de V. se lo manda... Y ¿como le parece á V. que estará el mío?.... No me cabe en el pecho... Diga V. *(Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)*

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

D. FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... *(Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.)* Ay!

D. FRANCISCA.

¡Muerta voy!

## ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

D. DIEGO.

¿Que grito fue ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

D. DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON.

No encuentro nada, señor. *(Tentando por el suelo cerca de la ventana.)*

D. DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

D. DIEGO.

Si... ¿Que amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está. *(Hallala la carta y se la da á don Diego.)*

D. DIEGO.

Vete abajo y enciende una luz.... En la caballeriza, ó en la cocina... Por ahí habrá algun farol... Y vuelve con ella al instante. *(Vase Simon por la puerta del foro.)*

## ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quien debo culpar? *(Apoyándose en el respaldo de una silla.)* ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quien, sobre quien ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé repre-



mir?... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Que esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Que felicidades me prometia!... Celos!... Yo?... ¡En que edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué provienen? ¿Como he de llamarlos? Otra vez parece que... *(Advirtiéndole que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.)* Sí.

**ESCENA V.**

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... *(Rita observa, escucha, asómase despues á la ventana, y busca la carta por el suelo.)* ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hicieramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz...

*(Sale con luz. Rita se sorprende.)*

RITA.

¡Perdida soy!

D. DIEGO, acercándose.

Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Sí señor, porque...

D. DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á V... Porque oímos un ruido tan grande...

SIMON.

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto... Un ruido y... Y mire V. *(Alza la jaula que está en el suelo.)*, era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y que asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato...

RITA.

Se le hubiera comido. *(Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)*

SIMON.

Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

D. DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

Ah! Deje V., encenderemos esta *(Enciende la vela que está sobre la mesa.)*, que ya lo que no se ha dormido...

D. DIEGO.

¿Y doña Paquita duerme?

RITA.

Sí señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

D. DIEGO.

Vamos.

*(Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.)*

**ESCENA VI.**

DOÑA FRANCISCA, RITA.

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No señora.

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber que disculpa darles.

*(Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.)*

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarían cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses.... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

¡Yo estoy loca! *(Siéntase.)*

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fue preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con que temor me habló, que agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria impo-

sible. Todo engaños, Rita, de un hombre alevé que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?... ¡Hay tantas mugeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon!... ¡Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! *(Mirando hácia el cuarto de don Diego.)* que parece que salen ya.

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á V. de esa manera...

D<sup>a</sup>. FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

**ESCENA VII.**

D. DIEGO, SIMON, D<sup>a</sup>. FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

D. DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas.... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

*(Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.)*

SIMON.

Voy allá.

D. DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.



D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Sí señor.  
 D. DIEGO.  
 ¿Ha llamado ya doña Irene?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 No señor.... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.  
*(Rita se va al cuarto de doña Irene.)*

**ESCENA VIII.**

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.  
 ¿V. no habrá dormido bien esta noche?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 No señor. ¿Y V.?  
 D. DIEGO.  
 Tampoco.  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Ha hecho demasiado calor.  
 D. DIEGO.  
 ¿Está V. desazonada?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Alguna cosa.  
 D. DIEGO.  
 ¿Qué siente V.?  
*(Siéntase junto á doña Francisca.)*  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 No es nada.... Así un poco de.... Nada... no tengo nada.  
 D. DIEGO.  
 Algo será; porque la veo á V. muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene V., Paquita? ¿No sabe V. qué la quiero tanto?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Sí señor.  
 D. DIEGO.  
 Pues ¿porque no hace V. mas confianza de mí? ¿Piensa V. que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Ya lo sé.  
 D. DIEGO.  
 ¿Pues cómo, sabiendo que tiene V. un amigo, no desahoga con él su razon?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Porque eso mismo me obliga á callar.  
 D. DIEGO.  
 Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de V.  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 No señor, V. en nada me ha ofendido... No es de V. de quien yo me debo quejar.  
 D. DIEGO.  
 ¿Pues de quien, hija mia?... Venga V. acá.... *(Acércase mas.)* Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion... Dígame V., ¿no es cierto que V. mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuanto va que si la dejasen á V. entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Ni con otro.  
 D. DIEGO.  
 ¿Será posible que V. no conozca otro mas amable que yo, que la quiere bien, y que la corresponda como V. merece?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 No señor, no señor.  
 D. DIEGO.  
 Mírelo V. bien.  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 ¿No le digo á V. que no?  
 D. DIEGO.  
 ¿Y he de creer; por dicha, que conserve V. tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Tampoco, no señor.... Nunca he pensado así.  
 D. DIEGO.  
 No tengo empeño de saber mas.... Pero de todo lo que acabo de oír, resulta una gravísima contradiccion. V. no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. V. me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿que llanto es ese? ¿De donde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de V. en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?  
*(Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del día.)*  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Y ¿que motivos le he dado á V. para tales desconfianzas?  
 D. DIEGO.  
 ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de V. sigue aprobándola, y llega el caso de....  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con V.  
 D. DIEGO.  
 ¿Y despues, Paquita?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Despues.... y mientras me dure la vida seré muger de bien.  
 D. DIEGO.  
 Eso no lo puedo yo dudar.... Pero si V. me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su

amigo, dígame V., estos titulos ¿no me dan algun derecho para merecer de V. mayor confianza? ¿No he de lograr que V. me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.  
 D. DIEGO.  
 ¿Por qué?  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Nunca diré por qué.  
 D. DIEGO.  
 ¡Pero que obstinado, que imprudente silencio!... cuando V. misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Si V. lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe V., no me lo pregunte.  
 D. DIEGO.  
 Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será V. mi muger.  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Y daré gusto á mi madre.  
 D. DIEGO.  
 Y vivirá V. infeliz.  
 D.<sup>a</sup>. FRANCISCA.  
 Ya lo sé.  
 D. DIEGO.  
 Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una páfida disimulacion. Las juzgan honestas luego que las ven intruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento,



la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

D.ª FRANCISCA.

Es verdad.... Todo eso es cierto.... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da.... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que V. se anime.... Si la ve á V. su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire V. que ya parece que se ha levantado.

D.ª FRANCISCA.

¡Dios mio!

D. DIEGO.

Sí, Paquita: conviene mucho que V. vuelva un poco sobre sí.... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire V. que desorden este! que agitacion! que lágrimas! Vaya, ¿me da V. palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

D.ª FRANCISCA.

Y V., señor... Bien sabe V. el genio de mi madre. Si V. no me defiende, ¿á quien he de volver los ojos? ¿Quien tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de V... Yo... ¿Como

es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo?

*(Asiéndola de las manos.)*

D.ª FRANCISCA.

¿De veras?

D. DIEGO.

Mal conoce V. mi corazon.

D.ª FRANCISCA.

Bien le conozco.

*(Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)*

D. DIEGO.

¿Qué hace V., niña?

D.ª FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Que poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con V.!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que V. agradece como puede el amor que la tengo... Lo demas todo ha sido... ¿qué sé yo? una equivocacion mia, y no otra cosa.... Pero V., inocente, V. no ha tenido la culpa.

D.ª FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene V.?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

D.ª FRANCISCA.

Vaya V. presto.

*(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.)*

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

## ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Ahí están, señor.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Cuando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que V. mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y V. no queria que le viesen.

D. DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... Compasion!... Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.  
*(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)*

D. DIEGO.

Dile que suba.

## ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

D. DIEGO.

Venga V. acá, señorito, venga V...

¿En donde has estado desde que no nos vemos?

D. CARLOS.

En el meson de afuera.

D. DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

D. CARLOS.

Sí señor, entré en la ciudad y...

D. DIEGO.

¿A qué?... Siéntese V.

D. CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto...

*(Siéntase.)*

D. DIEGO.

Precision!

D. CARLOS.

Sí señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo.... ¿Porque no le escribiste un papel?... Mira, aqui he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochiar, ni molestar á nadie.

*(Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos luego que lo reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)*

D. CARLOS.

Pues si todo lo sabe V., ¿para qué me llama? ¿Porque no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni V. ni yo quedaríamos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tío de V. lo que hay en esto, y quiere que V. se lo diga.

D. CARLOS.

¿Para qué saber mas?



D. DIEGO. *(al chico)*  
Porque yo lo quiero y lo mando.  
Oiga!

D. CARLOS.  
Bien está.

D. DIEGO. *(Siéntase don Carlos.)*  
¿En donde has conocido á esta niña?...  
¿Que amor es este? ¿Que circunstancias han ocurrido?... ¿Que obligaciones hay entre los dos? ¿Donde, cuando la viste?

D. CARLOS.  
Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el Intendente, en cuya casa de campo nos apeámos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel día del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El Intendente dijo entre otras cosas... burlándose.. que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de V... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separámos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á V. refiriéndole...

D. DIEGO.  
Prosigue.

D. CARLOS.  
Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fue necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

D. DIEGO.  
Vaya... Vamos, sigue adelante.

D. CARLOS.  
Mi asistente (que, como V. sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábam... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondían con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender.... Siempre fui para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis gefes, y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la di á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna; porque ni me convenia nombrarle á V., ni quise esponerla á que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser

D. CARLOS.  
Pero no el corazón.

*(Levántase.)*

D. DIEGO.  
¿Qué dices?

D. CARLOS.  
No, eso no.... Seria ofenderla.... V. celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy, y lo seré... V. se llamará su marido; pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte V. jamás el motivo de sus melancolias... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á un amigo ausente.

D. DIEGO.  
¿Que temeridad es esta?

*(Se levanta con mucho enojo. encaminándose hácia don Carlos, el cual se va retirando.)*

D. CARLOS.  
Ya se lo dije á V.... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle.... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva V. feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar.... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aqui inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que V. me perdona.

D. DIEGO.  
¿Con que en efecto te vas?

D. CARLOS.  
Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

D. DIEGO.  
Porque?

adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin, era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fui ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos días ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos.... Monté á caballo, corrí precipitado el camino, llegué á Guadalajara; no la encontré, vine aquí... Lo demas bien lo sabe V., no hay para qué decirselo.

D. DIEGO.  
¿Y que proyectos eran los tuyos en esta venida?

D. CARLOS.  
Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á V., echarme á sus pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

D. DIEGO.  
Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

D. CARLOS.  
Si señor.

D. DIEGO.  
Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella.... y sean las que fueren las promesas que á tí te hizo.... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que....



D. CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

D. DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(Asiendo de un brazo á don Carlos, le hace venir mas adelante.)

D. CARLOS.

Nada.... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

D. DIEGO.

Carlos!.. ¡Que horror!.. ¿Y tienes corazon para decírmelo?

D. CARLOS.

Alguien viene... (Mirando con inquietud hácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedirselo.) Tal vez será ella... Queda V. con Dios.

D. DIEGO.

¿Adonde vas?.. No señor, no has de irte.

D. CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á V. inquietudes crueles.

D. DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser..... Entra en ese cuarto.

D. CARLOS.

Pero si.....

D. DIEGO.

Haz lo que te mando.

(Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.)

## ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos... Buenos dias... (Apaga la luz que está sobre la mesa.)  
¿Reza V.?

D. DIEGO, pasándose con inquietud.

Sí, para rezar estoy ahora.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Si V. quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que... Pero ¿qué tiene V., señor?.....  
¿Hay alguna novedad?

D. DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Pues qué..... Dígalo V. por Dios... ¡Vaya, vaya!.. No sabe V. lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido, de manera que...

D. DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

D<sup>a</sup>. IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

D. DIEGO.

Muy bien. Siéntese V..... Y no hay que asustarse ni alborotarse (Siéntanse los dos.) por nada de lo que yo

diga: y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas le necesitamos... Su hija de V. está enamorada...

D<sup>a</sup>. IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí señor que lo está, y bastaba que yo lo dijese para que...

D. DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme V. hablar.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Bien, vamos, hable V.

D. DIEGO.

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

D<sup>a</sup>. IRENE.

¿Qué dice V.?

D. DIEGO.

Lo que V. oye.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Pero ¿quien le ha contado á V. esos disparates?

D. DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo á V., bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

D<sup>a</sup>. IRENE, llorando.

¡Pobre de mí!

D. DIEGO.

¿A qué viene eso?

D<sup>a</sup>. IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

D. DIEGO.

Señora doña Irene...

D<sup>a</sup>. IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca

cenicienta, vamos al decir... ¿Quien lo creyera de V.?.. ¡Válgame Dios!.. ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

D. DIEGO.

Mire V., señora, que se me acaba ya la paciencia.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno; y un día del Corpus, yo no sé por que friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por los que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

D. DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender V. á lo que voy á decirla?

D<sup>a</sup>. IRENE.

Ay! no señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no señor... V. ya no quiere á la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

D. DIEGO.

Señora doña Irene, hágame V. el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que V. sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entretanto no me apure V. el sufrimiento, por amor de Dios.

D<sup>a</sup>. IRENE.

Diga V. lo que le dé la gana.

D. DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

D<sup>a</sup>. IRENE.

No señor, ya no lloro.  
(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

D. DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco